

EL TIEMPO COMPARTIDO EN SALAMANCA CON CARMEN MARTÍN GAITE

Rosario CORTÉS

Conocí a Carmen Martín Gaité en la primavera de 1980. Dos compañeros míos se habían enterado de que venía a Zamora a dar una conferencia sobre un tema que entonces me interesaba mucho, «Mujeres en la Literatura», y decidimos ir a escucharla. Tuvimos la suerte de que un compañero nuestro, profesor de Indoeuropeo, Eduardo del Estal Fuentes, amigo de Agustín García Calvo, la conocía, nos la presentó y nos invitó a ir con ellos a tomar algo. Ahí empezó nuestra amistad.

Una profesora y crítica de la literatura española contemporánea, Biruté Cipliauskaitė, empezaba un ensayo dedicado a ella diciendo: «Carmen Martín Gaité nació el 8 de diciembre de 1925 para dialogar». Esta frase resume a la perfección el rasgo más sobresaliente de su personalidad como mujer y como escritora. Consideraba el diálogo, la conversación serena que se emprende sin prisas y la buena disposición para hablar bien y escuchar atentamente, condición de la comunicación y la amistad.

No mucho después vino a Salamanca al homenaje de jubilación de Don Gonzalo Torrente Ballester y nos encontramos en la Plaza Mayor, en el «cuarto de estar» de la ciudad, como le gustaba a ella llamarlo, porque, como por el cuarto de estar de una casa, también por la plaza, están pasando constantemente los salmantinos. En esta ocasión, fue un error en la reserva del hotel la que la aproximó más a mí: la dejaron sin habitación y yo la acogí en mi casa.

Más tarde en el otoño volvió a Salamanca a rodar el documental *Esta es mi tierra*, pero una lluvia incesante impedía el rodaje y la obligaba a la holganza, nada más lejos de su carácter: no le gustaba perder el tiempo. Así que buscamos un ejemplar en francés de *Madame Bovary* para que pudiera seguir con su traducción, le presté mi máquina de escribir y nos entregamos al estudio: mientras ella traducía, yo redactaba mi tesis doctoral. Me sorprendió la seriedad con la que hacía todo lo posible para cumplir los plazos que las editoriales le marcaban, y el tesón con el que trabajaba.

De todas formas, teníamos tiempo para hablar de intereses compartidos: la traducción, la literatura y la teoría literaria. Para una escritora, que tenía en su haber muy buenos cuentos fantásticos y maravillosos, la edición de un libro como el de Todorov, *La introducción a la literatura fantástica*, fue un magnífico regalo. Yo por mi parte, también había leído ese ensayo y lo recordé de inmediato cuando leí *El cuarto de atrás*.

Pero creo que es mejor que nos centremos en sus ensayos: *La búsqueda del interlocutor* es el que más me gusta y creo que para ella también era importante, porque vuelve sobre él una y otra vez. Para Carmen Martín Gaité la raíz de toda disposición narrativa se encontraba en el relato oral, en el acto de contarle a alguien una historia —dice— «mirándole a los ojos», de ahí que valorara tanto a los buenos narradores de sucesos y anécdotas así como a los conversadores más entretenidos y amables, los que se preocupan por el receptor, los que saben embarcarle en la aventura de la palabra, los que dejan espacio a preguntas, en definitiva, los que organizan cuidadosamente el relato solicitando su atención. Y a la inversa: los mejores interlocutores son para ella los que escuchan sin impaciencia, los que intervienen con sus preguntas relanzando el relato o llevándolo a discurrir por otros derroteros. Cuando habla de la narración escrita, estos pasan a convertirse, sin transición aparente, en sus lectores, porque para ella vida y literatura se mezclan y confunden de manera inextricable.

Lo llamativo es que el texto sobre el interlocutor no se lee solo como la preocupación de una narradora, sino como la de cualquier persona y especialmente de cualquier mujer. Ahora releendo el libro en el que se recoge este ensayo, descubro en el

prólogo que la propia Carmen Martín Gaité no estaba pensando solo sobre literatura, pues dice ahí que el tema que le da unidad al libro, y lo digo con sus palabras, son «las consideraciones acerca de la desazón femenina», la desazón femenina por no encontrar o perder a los interlocutores adecuados. Contamos con un caso no literario; se trata de una película.

Cuando vi *Gary Cooper que estás en los cielos* de Pilar Miró, me di cuenta de que la búsqueda de interlocutor era una preocupación compartida por otras mujeres. En esa película la cineasta consigue transmitir de manera eficaz y emotiva las dificultades de la protagonista, Andrea, para encontrar un interlocutor apropiado a quien contarle lo que le está pasando: ni su madre, ni su pareja le brindan el sosiego necesario para hablar serenamente sobre la zozobra que siente el día anterior a una intervención quirúrgica; solo un viejo amigo la acompaña al final. Releyendo el prólogo del ensayo *La búsqueda de interlocutor* descubro que, en efecto, no se refiere solo a la literatura, sino a la desazón femenina en general.

En su obra los personajes femeninos encuentran esos interlocutores dentro y fuera de las novelas: las dos amigas, protagonistas de *Nubosidad variable*, se encuentran como interlocutoras la una de la otra y a la inversa; en este caso ya a través de la escritura epistolar, y al mismo tiempo en la novela surgen muchas lectoras de fuera, que entran en el diálogo de las dos protagonistas. El éxito de Carmen entre las lectoras está en que perciben perfectamente que aquello lo ha escrito alguien que sabe de qué está hablando. A ella, a Carmen, le podemos aplicar las palabras que ella le dedicó a Esther Tusquets cuando saludó con alegría el premio que esta había recibido a la mejor novela del año 78: *El mismo mar de todos los veranos* dice así: «Siempre he estado convencida de que cuando las mujeres [...] se arrojan a narrar algo con voz propia y a escribir sobre ellas mismas, desde su peculiar experiencia y entraña de mujeres [...] descubren el universo a una luz de la que el hombre-creador-de-universos-femeninos no tiene ni la más ligera idea».

En el *Cuento de nunca acabar* reflexiona sobre el oficio de narrar y lo hace desde su vida y su experiencia; sus reflexiones teóricas sobre el arte de la fabulación las expresa narrando, contándonos anécdotas en las que es ella la que cuenta o escucha

lo que le cuentan, o haciéndonos imaginar situaciones en las que los niños aprenden a contar. Carmen Martín Gaité leyó mucha teoría literaria, pero cuando se pone a esbozar sus propias teorías, filtra sus lecturas a través de su experiencia de mujer y de escritora rehuyendo el tono académico. Admite que las lecturas de narratología, que ha hecho al hilo de su escritura, no dejarían de dar fruto en su propia obra, pero las excluye a la hora de escribir su *Cuento de nunca acabar*, porque como mejor expone ella su teoría sobre la narración es narrando. En relación con esto lo mejor es hacer referencia al libro de Virginia Woolf *Una habitación propia*. Cuando Carmen Martín Gaité leyó este ensayo dice: «lo que más me había llamado la atención era el uso del tono narrativo aplicado al tratamiento de un tema teórico, su ausencia total de pedantería».

Antes de terminar, tengo que hacer un breve resumen sobre cómo fueron aquellas dos o tres semanas en las que compartimos piso. La convivencia no pudo ser mejor; aún me sorprende cómo dos mujeres separadas por edad, vivencias, fama literaria, y tantas cosas más pudieron entenderse tan bien. Creo que triunfó la naturalidad de Carmen, su disposición a aceptar a mis amigos y a mí como éramos, también bastante naturales. Nos visitaban a veces con el pretexto de pedirle que les dedicara una de sus novelas. Las conversaciones eran variadas porque entre ellos había filólogos y profesores de Historia Moderna, que la apreciaban por sus investigaciones históricas: *El proceso de Macanaz* y *Usos amorosos del dieciocho en España*. No es solo que fuera muy sociable y agradable, es que era muy aguda y tenía mucho sentido del humor, quizás lo había heredado de sus padres.

Dice en su «Bosquejo autobiográfico» que no fue el sol que brillaba aquel 8 de diciembre en Salamanca el que le trajo la buena fortuna, sino «el amor a la vida y la confianza que desde la infancia me inculcaron mis padres, ambos de una calidad humana excepcional. Aparte de su bondad natural y su inteligencia, poseían ambos un particular y acusado sentido del humor que conservaron hasta la vejez, gracias al cual cualquier conversación mantenida con ellos jamás era convencional o rutinaria, sino algo muy vivo y divertido».

En el prólogo de José Luis Borau al libro de Carmen Martín Gaité, *Pido la palabra*, dice que quien solo ha leído sus obras

y no ha alcanzado la fortuna de verla actuar en público se ha perdido un espectáculo digno de ser contemplado. Personaje o no de sí misma, lo que no tiene vuelta de hoja es que, oyendo y viendo a Carmiña, cualquiera se explicaba mejor lo leído anteriormente de sus libros. Era capaz de leer como si no lo estuviera haciendo, achinando unos ojitos maliciosos y alegres... a la sombra de sus boinas adobadas con *bisutos*, que nos remitían a miss Lunatic de *Caperucita en Manhattam*. Le daba igual recitar versos propios o ajenos, sin que se le cayeran los anillos por cantar, a veces al alimón con voces profesionales, la letra de un bolero inolvidable.

Nunca olvidaré lo bien que lo pasábamos cantando las coplas de doña Concha Piquer para aprendernos las letras. Me había regalado cinco discos de ella y, cuando habíamos terminado nuestro trabajo, representábamos las trágicas vidas de aquellas mujeres sin nombres propios, al son de la voz de la Piquer, que a veces se tornaba amarga y compasiva.

Carmen Martín Gaité es una de nuestras más grandes escritoras. Sus novelas siguen siendo leídas, especialmente entre las mujeres, porque ha sabido siempre tocar nuestras fibras más sensibles. La mayoría de sus novelas tiene como protagonistas mujeres y no se trataba de no tener pulso para trazar caracteres masculinos, sino porque creo que se encontraba más cómoda trazando ambientes femeninos. ¿Lo abarcaba todo? No me atrevería a decir que sí; pero lo que es verdad es que no le faltaba capacidad para todo lo que se le viniera a la cabeza, desde cuentos de niños a relatos de mujeres y a los ensayos de teoría literaria, que aún siguen incitando a su estudio a los filólogos y teóricos y críticos de la literatura.

Y ahora sí que termino con el mejor regalo que podía hacerme: la dedicatoria de *A rachas* (1976): «Para Charo, que tan bien me ha tratado y que tan bien sabe hablar y escuchar. Carmen. Salamanca, Otoño de 1981».